

En defensa del paisaje

Juan Carlos Zubieta Irún. Taller de Sociología. Universidad de Cantabria

Publicado: El Diario Montañés, 30/11/2014

El otoño está hermosísimo: los robles, las hayas, los avellanos, los acebos, los helechos pintan un paisaje tan espléndido que hace temblar. Los colores del bosque: el ocre, el amarillo, el verde, el rojo... se combinan para que la belleza no pueda alcanzar una cota más alta. Efectivamente, los que vivimos en Cantabria somos unos privilegiados: habitamos el paraíso. Sin embargo, parece que nos hemos empeñado en destruirlo. Sí, por supuesto, algunos ponen más empeño que otros.

Se ha repetido en muchas ocasiones: el paisaje constituye un patrimonio natural, cultural y económico. En consecuencia, no cuidar este patrimonio es una grave irresponsabilidad.

Los humanos “construimos” paisajes y, al mismo tiempo, somos “construidos” por esos mismos entornos. Para satisfacer nuestras necesidades utilizamos los recursos que nos proporciona el medio natural, y también adaptamos el entorno: transformamos el bosque en pradería, modificamos el curso de un río, abrimos un camino, plantamos especies vegetales procedentes de otros ecosistemas, incorporamos otras razas animales, construimos nuestras casas. Esa adaptación es “normal”, es “natural”. El problema surge cuando se rompe el equilibrio, cuando la transformación es tan grande que se acaba con el “alma” del medio natural.

Sí, el paisaje nos influye, nos “construye”. Hay paisajes que transmiten paz, sosiego. La belleza de un bosque, de unas montañas, del mar, pueden sobrecogernos. La armonía de un entorno suscita las mejores y más profundas emociones, estimula a los buenos sentimientos, exalta la imaginación, produce equilibrio emocional. Para ser humanos necesitamos ese contacto con la naturaleza; no podemos olvidar nuestro vínculo con la tierra. Por el contrario, los paisajes rotos, el entorno herido, el medio enladrillado, provocan malestar, agreden al espíritu. El divorcio respecto de la naturaleza nos deshumaniza. La tierra es fuente de vida y de emociones, explica Sánchez-Albornoz; la tierra y el paisaje influyen en nuestro estilo de vida y en nuestro temperamento, defiende el historiador.

Nuestra memoria está llena de paisajes, y de lo que les acompañan: colores, olores, sonidos, sensaciones. Y esos paisajes nos traen el recuerdo de nuestros padres, de los que ya no están. Ellos habitaron y construyeron esos espacios. Ese fue su legado. Lo que somos ahora, nuestra forma de sentir, de ver el mundo y de estar en él, es consecuencia, en gran medida, de haber crecido en un determinado medio natural.

No hace falta insistir en la importancia económica del paisaje. Cualquiera sabe que muchos turistas vienen a Cantabria atraídos por nuestra naturaleza. Por tanto, deteriorar el medio es matar a la gallina de los huevos de oro; es pan para hoy (y para algunos) y hambre para mañana (y para todos). Claro que es posible hacer compatible el crecimiento con el respeto del medio. El equilibrio puede lograrse sí se pone freno a muchos egoísmos, se planifica con racionalidad y, algo fundamental, cuando se atiende a los valores. Es preciso criticar al fetiche del crecimiento: crecimiento no es siempre lo mismo que bienestar. El desarrollo económico en muchas ocasiones no va en paralelo al desarrollo moral. Se ha repetido que el crecimiento debe ser sostenible y que hay que poner freno a

los actuales niveles de consumo de recursos que tenemos en los países ricos. La profesora Adela Cortina se encuentra entre los que subrayan la necesidad de una “Ética ecológica”.

¿Cómo es posible que no caigamos en la cuenta de que el deterioro del medio ambiente nos afecta a todos? ¿Qué hace que observemos impasibles la construcción de edificios que atentan contra la armonía de la arquitectura tradicional? ¿Cómo permanecemos callados frente a los egoísmos, la irresponsabilidad o las ocurrencias disparatadas de algunos políticos, constructores o particulares que atentan contra el paisaje? ¿Cómo no se obliga a las empresas a que corrijan y reduzcan los impactos visuales que realizan sobre el paisaje? ¿No nos da vergüenza dilapidar el patrimonio natural que hemos heredado? ¿Qué vamos a dejar a nuestros hijos?

En mi opinión, son cinco los principales mecanismos que deben utilizarse para proteger el paisaje: 1. Una legislación que defienda el interés general frente a los egoísmos particulares. 2. Recursos adecuados para la justicia y para los cuerpos de vigilancia. 3. Investigación, planificación e intervención (analizar las consecuencias de las actividades humanas; investigar las posibilidades y límites para hacer compatible el crecimiento con el equilibrio medioambiental; estudiar el impacto ambiental; restaurar el paisaje). 4. Participación ciudadana en la ordenación del territorio y en la planificación de las actividades. 5. Movilizaciones ciudadanas para denunciar los atentados al medio y para reivindicar actuaciones en defensa del patrimonio natural. 6. Educación ambiental.

A. Cortina señala que es fundamental una “educación orientada a la vida” para que las personas respeten el medio natural no por miedo al castigo, sino por la satisfacción de proteger algo que se valora y se aprecia. Estoy totalmente de acuerdo con esa idea; el mejor mecanismo para defender el entorno es conseguir que la población lo ame, y para amarlo hay que conocerlo. La estrategia educativa más recomendable es que la población se acerque al medio natural, sienta su roce, viva su ambiente, y, en contraposición, observe los daños que los humanos producimos. Si la naturaleza toca el alma de una persona es muy difícil que permanezca indiferente y que no desarrolle una actitud que le lleve a amar, a disfrutar y a defender ese patrimonio.

Francisco Cubría, en su precioso libro “Trípticos de la montaña”, escribió: “Romparamos lanzas por nuestro paisaje (...). Yo he ido a buscar paisajes donde los disfruté antes y no los he encontrado ya: había algo de más, harto artificioso, o algo de menos, brutalmente extirpado, que había roto el encanto, que había roto el paisaje...”. A mí me ocurre lo mismo, y siento tristeza, y en bastantes ocasiones indignación.